

mismo tiempo un tumor tan monstruoso que el médico estaba espantado. Había mandado ponerle una cataplasma, y debía volver el día siguiente para sangrarla; pero entre tanto, esta mano era para ella un miembro enteramente inútil, y no había esperanza que pudiese prestar á la imágen de su madre el servicio acostumbrado. Tal era por lo ménos la opinion del Contador y de su mujer; pero la santa jóven no podía creer que su seráfica madre la dejase sufrir tan penosa privacion. Así pues, cuando los cofrades trajeron la imágen al oratorio doméstico, fué Rosa á postrarse á sus pies y allí oró un instante: en seguida levantándose con un aire satisfecho, pidió unas tijeras á la mujer de Don Gonzalo. Esta no pudo dejar de sonreír y le preguntó de qué mano pensaba servirse. De la mano derecha, respondió Rosa, Pero hija mía, replicó la señora, no comprendo en donde podais poner los dedos, y diciendo esto le ofrecía como por juego las tijeras más pequeñas que encontró. Miéntras tanto, Rosa descubriéndose la mano, hizo entrar facilmente los dedos, y desempeñó su trabajo no sólo sin dificultad sino con una prontitud extraordinaria. La señora á quien la sorpresa turbaba la vista, no echó de ver el milagro que acababa de obrarse, y no cesa-

ba de decir: Pero Rosa, ¿qué haceis? no os lastimeis vuestra mano enferma; nosotras nos encargaremos de ese trabajo. Rosa continuaba sonriendo y sin responder nada. En el entre tanto llegó el Contador, y viéndola trabajar con las dos manos, no pudo creer á sus ojos y le dijo con solicitud: Cesad, hija mía, cesad, y mostradnos vuestra mano. Rosa la presentó, y vió él que el mal había desaparecido sin dejar ninguna señal. Quedó mudo de sorpresa; pero la alegría se pintaba en todo su semblante, pues era muy grande el interés que tenía por la santa jóven. Su mujer quiso hacerle la relacion de este acontecimiento milagroso; pero él quiso mejor oírlo de la boca misma de Rosa, que satisfizo con mucho gusto su deseo. El día siguiente que vino el médico, quedó igualmente admirado de esta pronta curacion, y confesó que que no había podido hacerse de una manera natural.

CAPÍTULO XXI.

De la ferviente devocion de Rosa para con la divina Eucaristía, que la hace suspirar por el martirio.

Desde su más tierna infancia deseó Rosa participar del sacramento adorable de la Eu-

caristía; pero Jesús le dijo una vez: "Yo soy el alimento de los grandes; creced, y me comereis." No obstante, no tuvo necesidad de crecer mucho para obtener esta gracia inapreciable; pues no contaba más que doce años cuando su confesor conoció que tenía bastante madurez para merecer ser admitida al sagrado banquete. Desde entonces le permitió comulgar dos veces por semana; y aunque pedía más; pero su madre lo rehusó, porque no podía llevarla con más frecuencia al Santo Altar. A la edad de catorce años obtuvo una tercera comunión semanal, independientemente de las extraordinarias que le procuraban las fiestas. Mientras más aprendían sus confesores á conocerla, más fáciles se mostraban en concederle esta gracia, reconociendo en ella, como lo manifestaron despues, una pureza de alma proporcionada al fervor de sus deseos. Así es que muy pronto obtuvo cuatro y cinco comuniones por semana, y la comunión cotidiana en las octavas de las grandes solemnidades. Una sola cosa disminuía su dicha, y era el temor de fijar la atención pública; pero supo encontrar un remedio para esto, variando las horas en que iba á la iglesia para tan santa acción.

Lo que importa mucho notar respecto á esto, es que Rosa á pesar de la gran pureza

de su conciencia, nunca se acercaba á la Sagrada Mesa sin haber hecho una confesión sacramental, preparada con tanto cuidado como si no se hubiese acercado en un año al santo tribunal. Además de esto, no descuidaba nada de lo que el amor puede sugerir, en igual caso á una alma fervorosa, ayunando la víspera con más rigor que de ordinario, multiplicando sus actos de reverencia, de humildad y de deseo; reuniendo sus potencias, sus pensamientos, sus afectos y todos sus sentidos para recibir con más honor al divino Huésped cuya visita esperaba. Su celo llegaba á tanto en esto, que no habría podido hacer más en el caso de que esta comunión hubiera sido la última de su vida. ¿Qué diré de sus disposiciones próximas á este convite celestial? Rosa ocultaba en cuanto le era posible, dentro de sí misma el fuego divino que la consumía; mas veíase siempre la modestia de su persona, y su aire de devoción tan angélico que los asistentes quedaban llenos de admiración. Dios permitió también algunas veces para honor de su sierva, que su rostro apareciese todo encendido cuando recibía este sacramento adorable.

Un lunes de Pentecostés, habiéndose colocado en la santa mesa á continuación de muchas personas que iban á comulgar, quedó

el padre muy sorprendido al llegar á ella, viéndole la cabeza rodeada de llamas. No conociéndola todavía, no sabía lo que esto significaba; mas cuando supo que era Rosa á quien su santidad había hecho tan célebre en todo el reino, comprendió que estas llamas salían del foco ardiente de su amor. El P. Luis de Bilbao testificó que muchas veces al darle la comunión, no había podido soportar el resplandor del fuego que brillaba en su semblante. El P. Juan de Lorenzana no había visto nunca á nuestra virgen cuando le dió por la primera vez la comunión: y así es que quedó muy admirado al ver el cambio maravilloso que se operaba en su semblante al recibir la sagrada forma. ¿Qué significa esto? se dijo así mismo. Un rostro humano no tiene esta hermosura ni este resplandor; aquí hay alguna cosa sobrenatural y verdaderamente celestial. Es preciso que esta alma sea muy agradable al Señor: ¡oh! cuánto desearía yo conocer su estado y sus disposiciones interiores! Esta gracia le fué concedida cuando ménos lo pensaba, porque la divina Providencia la puso bajo su dirección y él fué su último confesor. Un novicio del convento que ayudaba la misa al P. Lorenzana fué testigo de otra maravilla. El era el que presentaba la copa á los que comulgaban, según el uso

que existía entonces; y cada vez que se acercaba á Rosa, sentía un calor semejante al que sale de un horno; á tal grado, que en los principios creyó que se le había quemado la mano. Siendo muy joven todavía, para comprender las maravillas de la gracia, no sabía lo que quería decir esto; pero mas tarde, cuando fué sacerdote, comprendió que este calor venía del amor divino que consumía el corazón de la santa joven, y confesó que este espectáculo le comunicaba un fervor extraordinario.

Una cosa aun más señalada le pasaba cuando Aquel que vino á traer el fuego á la tierra había descendido á su alma. Entonces parecíale haber subido al cielo, y hallarse colocada entre los serafines, según los efectos admirables que producía en ella este sacramento. ¿Cuáles eran, pues, estos efectos maravillosos? Sin duda no eran otros que los que resultan como naturalmente de la comunión en un corazón perfectamente dispuesto, pero que es preciso haber experimentado para formarse una justa idea de ellos. Algunas veces por obedecer á sus confesores procuró describirlos; pero se detenía casi á cada palabra, quejándose de no encontrar expresiones propias para explicar lo que sentía, y acababa por decir que esas son cosas inefables. No obstante, á fuerza

de estrecharla, llegaron á obtener una vez explicaciones más satisfactorias. "Cuando acabo de comulgar, dijo, siento en mí como una emanacion de la dulzura admirable del Cordero celestial proviniendo de la carne virginal de Jesucristo, y siento mis fuerzas renovadas por una cierta transubstanciacion de mi alma en este divino alimento, lleno de jugo, de delicias y de eficacia. Gozo de una serenidad, y de una paz que viene del cielo, porque no hay nada igual sobre la tierra. Por lo que concierne á la inmensidad del gozo que procura esta estrecha union con el Esposo por excelencia, la altura de esta fruicion, el sabor espiritual de la verdadera dulzura gustada en su misma fuente, la excelencia de los frutos producidos por este Sacramento, no espereis de mí ninguna luz, pues las lenguas de la tierra no tienen palabras para explicar estas cosas, ni aun para dar una simple idea de ellas. Todo lo que puedo decir es, que no hay en este mundo ni placer, ni contento, ni júbilo ni alegría, que pueda ponernos en vía de comprender la delicia de este precioso convite en donde el alma hambrienta y sedienta, come la carne de un Dios y bebe la leche de su divino Seno."

El P. Lorenzana fué quien la obligó á hacer estas tiernas confesiones cuya memoria conservó él fielmente. Por esto, en la última

enfermedad de la santa el padre, despues de haberle dado el Sagrado Viático, le dijo: Hija mía, gozad ahora de vuestro Esposo y embriagaos de delicias, sola, con él solo, porque está verdaderamente lleno de dulzura. Pedidle que os llene santamente de los bienes de que acostumbra colmaros en iguales circunstancias. Otro confesor de Rosa certificaba haberle oído decir lo que sigue: "Páreceme en mis comuniones, que un sol descendiendo del cielo á mi pecho; por que lo que pasa en mí se asemeja enteramente á lo que obra el sol en la tierra. Mirad como este sol visible alimenta todas las cosas por su calor y con su luz; como adorna la tierra de flores y de frutos; como embellece los mares con sus rayos, y enriquece las montañas de tesoros metálicos; como alegra á los pajarillos del cielo; como hace vegetar las plantas y los animales; como alumbra, abrasa y colora todos los objetos que componen este vasto universo. Pues bien, he aquí lo que hace en mi alma la carne de Jesucristo, por su presencia real., Quién no envidiaría la suerte de esta sierva de Dios, sobre todo, si sabemos, lo cual está probado, que las especies sacramentales se conservaban en su estómago por espacio de siete y ocho horas, antes de disolverse por el calor natural.

Por lo demas, Dios no quiso que los efec-

tos de este sol interior en el alma de su sierva permaneciesen ocultos á los ojos de los mortales: en consecuencia, hizo que se manifestasen en lo exterior, comunicando á su carne una fuerza y una salud milagrosas. Cuando se dirigía á la iglesia para comulgar, sucedía muchas veces que extenuada por los ayunos, las vigiliass y las maceraciones, apenas podía andar, y tenía necesidad de apoyarse de tiempo en tiempo contra las paredes para recobrar aliento; mas una vez alimentada con el pan de los fuertes, se volvía á su casa tan ágil que su madre apenas podía seguirla. Despues, en lugar de tomar algun alimento, encerrábase en su aposento y allí permanecía hasta la noche, ocupada en meditar la grandeza del don que había recibido, y dar gracias á su generoso bienhechor. En vano le instaban que alimentara su cuerpo debilitado por la abstinencia. La mesa del Señor, decía, me ha nutrido de tal manera que no puedo tomar ninguna otra cosa. Su madre algunas veces llegó á obligarla; pero no pudo menos que arrepentirse, porque bastaba un bocado de pan ó algunas gotas de agua paru causarle horribles sofocaciones. Corregida por estas experiencias, acabó su madre por dejarla tranquila, y entonces la santa prolongó el ayuno hasta la noche, y algunas veces hasta el dia siguien-

te. Hizo mas todavía: pues habiéndole permitido su confesor comulgar todos los dias en la octava de no sé que fiesta, pasó la semana entera sin tomar ningun alimento corporal. Así lo acostumbraba Santa Catalina de Sena, y este hecho es una nueva prueba de que Rosa estaba animada del mismo espíritu.

Por un efecto de su devocion para con el adorable Sacramento, asistía cada dia á todas las misas que se decían en la iglesia de los Dominicos, siempre de rodillas, inmóvil como una estatua, y sin apartar un solo instante los ojos del altar en donde se ofrecía el santo sacrificio. En los dias que estaba expuesta la Sagrada Hostia, permanecía en adoracion desde la mañana hasta en la tarde, sin tener otro alimento que las delicias espirituales que le procuraba la presencia de su divino Esposo. La prolongacion de este favor no cambiaba en nada su piadosa costumbre; pues no dejaba la iglesia durante las cuarenta horas y en la octava del Santísimo Sacramento, y no obstante, sin cambiar de postura ni tomar ningun alimento. Sus confesores que conocían su salud tan débil, no podían menos de quedar sorprendidos, al verla desplegar una fortaleza que no tenía. Es preciso confesar, decían, que esta vírgen posee dos cosas que en vano pedía Job en sus sufrimientos, la fortaleza de

las piedras, y una carne de bronce. En los cuatro últimos años de su vida, se encerraba el Juéves Santo en la capilla del sepulcro donde reposaba su Salvador, y la encontraban el viérnes en la postura penosa que tenía hacía más de veinte horas.

Mas no solamente en la iglesia era donde manifestaba su respeto para con el Santísimo Sacramento; pues siempre que lo nombraban en la conversacion, no dejaba de inclinar profundamente la cabeza. Si las campanas anunciaban la consagracion, la bendicion ó el sagrado viático, su rostro se llenaba de alegría y era fácil ver, como á ejemplo del Rey Profeta, su corazon y su carne se regocijaban en el Dios vivo. Uno de sus más dulces placeres era oír á los predicadores exaltar este misterio inefable; y su memoria estaba tan de acuerdo con su corazon, que repetía los sermones casi palabra por palabra, muchos años despues. No había trabajo que le fuese tan agradable, como el que empleaba en adornar los atares y la urna del Juéves Santo. Nadie hacía con tanto arte los ornamentos sacerdotales destinados al Santo Sacrificio, y esta ocupacion era para ella un verdadero ejercicio de devocion. No contenta con adornar los tabernáculos con las flores naturales que cultivaba en su jardin, hacía flores artificiales de

una belleza admirable, como tambien arbutos cuya imitacion no dejaba nada que desear. Esto duró por bastante tiempo sin que su madre se quejase, más habiéndole dicho un dia, en un momento de mal humor que haría mejor en trabajar para mantener á su familia, tomó Rosa el partido de consagrar una parte de las noches á esta ocupacion. Su confesor prevenido del nuevo arreglo, sin duda por la madre, quiso impedirselo, pretendiendo que tan grande trabajo excedía á sus fuerzas; pero la santa jóven le pidió gracia diciendo: "No creais, padre mio, que soy tan delicada que no pueda pasar una noche trabajando por mi Esposo, sin comprometer mi salud. Un temor semejante, sería de mi parte vergonzoso é inexcusable. ¿Habrá alguna mujer en el mundo, por muy amante de su salud que se la suponga, que encontrase penoso hacer lo que yo hago para poner á su marido en estado de presentarse el dia siguiente en público de una manera honrosa? Permittedme pues imitar su abnegacion. Y esto será tanto más justo, cuanto que mi Esposo, ademas de ser Dios, es incomparablemente más amable que los suyos.."

El amor de Rosa para con Jesucristo le hacía tener un gran deseo de derramar su sangre en testimonio de su presencia real, y po-

co faltó para que hallase la ocasion de cumplirlo. En el mes de Agosto de 1615, habiendo aparecido una flota holandesa en las aguas del Perú, los habitantes de Lima corrieron á las armas, y fué expuesto el Santísimo Sacramento en todas las iglesias como se hace en las calamidades públicas á fin de aplacar la cólera del cielo. El dia siguiente, víspera de la fiesta de Santa María Magdalena, viéronse los buques de estos herejes navegar hacia el puerto, en órden de batalla, y ya no pudo dudarse que su intencion fuese, ó bombardear la ciudad, ó verificar un desembarco. Entónces fué general el espanto, porque ya se sabía lo que debía esperarse del furor impío de estos hombres fanatizados por Calvino. En efecto, no se ignoraban en el Perú las sacrílegas profanaciones de que se hacían culpables estos herejes en todas las comarcas de la Europa, despojando los templos, derribando los altares, arrojando el Cuerpo de Jesucristo á los perros, quemando las reliquias, desonrando á las vírgenes, y haciendo sufrir á los católicos los más espantosos tratamientos. Entre tanto, Rosa, rodeada de todas las mujeres piadosas de la ciudad, oraba con fervor en la iglesia de Santo Domingo, preocupada de un solo temor, el de ver profanar por estos soldados impíos el Santísimo Sacramento del

Altar. Para colmo de afliccion, no faltó quien viniera á decir que los Holandeses estaban desembarcando y marchaban hacia la ciudad, La noticia era falsa; pero las piadosas mujeres se espantaron terriblemente. Solo Rosa no experimentó ningun temor; sino que parecía aun más contenta que de ordinario, creyendo que se acercaba la hora en que iba á derramar su sangre por la causa de Jesucristo. En consecuencia, hizo señal á todas estas mujeres que la siguieran á la capilla del Santo Rosario, y allí tomando un aire gozoso comenzó á prepararlas á la muerte diciendo: "Vamos, mis queridas hermanas, tengamos valor. Esta sí que es una bella ocasion; es una hora verdaderamente afortunada. ¡Qué dicha será el morir por Jesucristo, á su vista, y en presencia de su Santísimo Sacramento! ¿No podría decirse que no ha salido de su tabernáculo, mas que para ser testigo de nuestra generosidad? Dispongámonos pues, á la gloria del martirio."

Dicho esto, con una voz firme y un semblante en el que parecía resplandecer la gloria, tomó las tijeras y cortó la orilla de su vestido que bajaba hasta el suelo; lo apretó hasta donde pudo con el cinturon, alzóse las mangas hasta el codo y se quitó los zapatos. Preguntándole sus compañeras qué signifi-

caba esto, respondió: "Cuando un soldado vé acercarse al enemigo, se despoja de los vestidos inútiles, y se arregla de manera que pueda estar libre en sus movimientos. Esto es lo que yó he hecho: porque este vestido demasiado largo y demasiado ancho me habría sido incómodo en la batalla: ahora que me deja toda mi agilidad, puedo combatir con ventaja. Cuando entren los enemigos á este templo, me subiré al altar, cubriré la sagrada Hostia con mi cuerpo, y no cederé hasta que caiga acribillada de heridas. Todavía entónces, suplicaré á esos herejes que no me acaben de un solo gólo golpe, sino que me hagan morir de una muerte lenta, cortando mi cuerpo en cuartos y estos cuartos en pedacitos, á fin de dilatar en cuanto sea posible los ultrages que no dejarán de prodigar á mi Salvador cuando yo ya no exista.,, Al hablar así, sus ojos lanzaban relámpagos; su rostro había tomado una expresion guerrera; su voz era fuerte y muy animados sus gestos. No era ya una mujer, sino una leona llena de fuerza y de valor. Sus compañeras, acostumbradas á su dulzura y modestia, apénas podían conocerla bajo este continente belicoso. Al verla sin manto, con el vestido corto, los pies descalzos, los brazos descubiertos, y las manos armadas del Rosario que agitaba con un ai-

re amenazador, apénas podían creer á sus ojos. Entre tanto, los enemigos no venían como ella deseaba, y empleaba este retardo ejercitándose en la maniobra que quería hacer; andando á pasos precipitados, bajando á la puerta del templo, y volviendo luego á subir hasta el altar mayor, pronta á escalarlo para proteger al Esposo de su corazon. Entre tanto, llega un mensajero anunciando que los enemigos se retiran. La noticia era cierta, pues como el almirante que mandaba la flota se sintió atacado de un mal grave, había mandado la retirada. En efecto, estaba tan enfermo que pocos momentos despues murió, y fué enterrado en una isla á la vista del puerto del que acababa de alejarse.

Quando hubo pasado el peligro, comenzó Rosa á avergonzarse del tocado con que se había presentado. Fuéle fácil repararlo en parte; más no pudiendo alargar el vestido, y no atreviéndose á presentarse así en público, esperó la noche en la capilla donde estaba, con el corazon dividido entre la alegría de ver salvados los templos de la devastacion, y el pesar de verse privada de la corona del martirio.